

Metáfora del depredador

Juan Ángel Juristo

Juan Villoro: *Arrecife*. Editorial Anagrama, Barcelona, 2012, 239 páginas.

El escritor Juan Villoro, una de las voces narrativas más importantes en la literatura que se hace hoy día en español, conoce en España un momento dulce: acaba de reeditarse en Alfaguara su libro de relatos, *La casa pierde*, y Sexto Piso ha editado una novela gráfica suya, *La calavera de cristal*, amén de su última entrega narrativa, *Arrecife*, una novela que nos ofrece el mejor Villoro, aquel que juega teniendo en cuenta un modelo de lector inteligente, que hace por eso mismo que el texto presentado posea una muestra acabada de diversos sentidos y que, además, gracias a ello, establece un modo de narrar muy alejado de los convencionalismos al uso tanto del realismo como de la experimentación vanguardista que necesita la negación del otro. Hay en Juan Villoro una feliz conjunción de elementos narrativos, algunos lo inscriben en cierta corriente posmodernista, que tiene por finalidad restablecer ciertos órdenes que la literatura, hace tiempo, ha dejado de lado. Valga un ejemplo: en *Arrecife*, el autor ha establecido, casi por voluntad de hierro, un final amoroso que casi podría calificarse de feliz. Esa rareza explica una de las características de este escritor, pues es sabido que los finales felices, sobre todo en los asuntos amorosos, no es materia noble de la literatura calificada como más o menos seria, y dejando para el folletín o la novela sentimental, de género, tamaña convención. Pero valga una convención por la otra, la que tiene por norma la resolución final y aquella que requiere todo lo contrario. Lo cierto es que en esta novela, Juan Villoro, con sutileza, no establece para la historia de amor un final feliz tal cual sino la posibilidad de que sea así. Y digo sutileza porque para un lector

medianamente avisado esa posibilidad actúa como una metáfora de aquello que el autor quiere para su propio país, donde la guerra con el narcotráfico ha dejado, y deja, una serie de asesinatos brutales, de violaciones extremas de los derechos humanos... un rastro de odio, muerte y destrucción. Contra ese caos dirige Villoro ese futuro, que no es más que un futuro de esperanza. Es una de las virtudes del libro. No la única.

Podría argüirse que *Arrecife* es, entre otras cosas, una metáfora del depredador. La trama lo requiere así. Mario Müller, un antiguo componente de la banda de rock, *Los Extraditables*, edifica en un arrecife coralino La Pirámide, un *resort* donde se ofrece una especie de turismo peligroso, entre otras opciones, por ejemplo, ser secuestrados por la guerrilla. Uno de los elementos que hace de esta novela una narración llena de una sutil inteligencia es la de pergeñar una trama de este tipo. Con ello el autor nos enfrenta a un fenómeno de actualidad y que hace furor en el mundo, la de agencias que venden turismo de riesgo, y, por otro, la posibilidad de establecer, de este hecho, unas conclusiones que llegan incluso a las relaciones mismas entre realidad y ficción. Hoy día, parecería decirnos Villoro, la ficción, el deseo inscrito en el imaginario, demanda de la realidad algo que ella no nos puede ofrecer en una situación normalizada y, por lo tanto, hay gente que busca vivir momentos de riesgo controlado y por los que paga mucho dinero. Se supone que ese riesgo nunca llega a mayores, pero siempre el riesgo supone un fallo en el supuesto control. Alguna película se hizo en los Estados Unidos en los años setenta sobre este tipo de diversiones, pero la metáfora se encontraba en otro lugar. Se intentaba alertar sobre los peligros de la robotización. En el turismo de riesgo actual la alerta está dirigida sobre nosotros mismos.

En un momento determinado, Müller, muy consciente de ese papel asignado, habla de paranoia recreativa, refiriéndose a esta especie de riesgo controlado con el que juega, y, con queja queda, describe cierta perversión actual: ya no nos conformamos con ser testigos del dolor ajeno, Susan Sontag *dixit*, sino que parece que el Tercer Mundo existe para salvar del aburrimiento a los europeos. Y de eso se trata, en definitiva. De salvarnos del tedio aún a riesgo de perder el mundo, vale decir, perder la vida. Esta situación, la

frase lúcida que actúa como resumen del libro, se la dice Müller a Tony Góngora, el narrador en primera persona de la novela, otro miembro de Los Extraditables, amigo de éste aunque les separen ciertos resquemores producto de historias del pasado donde se mezclaban el sexo y las drogas, también el rock and roll, aquí convendría recordar que Juan Villoro era un gustador de este tipo de música y que dirigió entre 1977 y 1981 un programa de radio, *El lado oscuro de la luna*, dedicado a la cosa y que siempre gusta en sus libros de hacer referencias a la música rockera. Müller está aquejado de una enfermedad que le lleva a una muerte segura en poco tiempo y ruega a su amigo que se convierta en el padre de su hija recogida en un albergue, por lo que el riesgo real que supone una enfermedad incurable, al modo de las diversiones del *resort* que dirige, parece con ese ruego a su amigo que está definitivamente controlado. Sólo que la vida casi nunca nos ofrece lo que pedimos de ella, sobre todo cuando intentamos acomodarla a nuestros deseos. Ginger Ondenville, buzo del *resort*, aparece muerto. Luego, muere otro buzo, este empleado en el Hotel Roger Bacon, por lo que comienza a establecerse como cierta la hipótesis inicial cuando el primer muerto de que se trataba de un asesinato.

A partir de este punto la trama se complica en una madeja de *thriller*, algo que no es desde luego la novela aunque las investigaciones consiguientes a los asesinatos sean parte importante de la misma y se lean con interés anhelante. Creo que lo mejor que ofrece esta trama es la de potenciar la aparición de una galería de personajes secundarios, dignos émulos del talento dejado por Charles Dickens. Desde luego que ahí están Mario Müller y Tony Góngora, con sus lúcidas observaciones y su cinismo impar, también la posibilidad de la redención y la felicidad futuras a través del amor, pero ¿qué decir de un personaje como el inspector Ríos, que combina su experiencia de policía con la de predicador evangélico? ¿o el llamado «El Gringo», sin ir más lejos? No les van a la zaga a los personajes principales. Desde un punto de vista narrativo, son tan poderosos como ellos. La novela, en realidad, es un manejo divertido, complejo y audaz en sus resoluciones de los viejos temas de la literatura y del hombre, la amistad, la culpa, la posibilidad de la redención, la elección y la probable realización de una segunda oportunidad que la vida puede ofrecer... en fin, el

amor, porque no hay en el fondo una buena historia literaria sin que el amor haga su aparición. Y *Arrecife*, sobre todo, lo es.

Dejo para el final el comentario de un aspecto importante de esta novela, algo nada raro en un escritor que tradujo y comentó hace tiempo a Lichtenberg: su sentido del humor y el uso hábil que realiza de la ironía. Es fácil advertir el goce que se produce al apellidar Góngora al narrador o nombrar a un hotel Roger Bacon. Se trata de una estrategia de la inteligencia para poder asir una realidad opaca y que casi siempre se nos escapa. La metáfora actúa, aquí, de aliada fiel del humor. La Pirámide, por ejemplo, que alude al calendario maya, claro, al fin de los tiempos, tan de moda en este año, pero también a la intuición de los dioses como entes caprichosos, al modo de las divinidades centroamericanas, pero también encarnado en Dionisos, no deja de ser el *resort* que quiere controlar Müller, la nueva divinidad. ¿Somos tan distintos de los miedos del ayer? Villoro no contesta a estas cuestiones sino es arropado por el sentido del humor. No es para menos. ©